

suponerse dada la limitada reproducción de fragmentos y líneas interrumpidas que generalmente se suele hacer. Cier to que el politeísmo, que una vez impulsado no reconoce límites á su aptitud creadora, ha alcanzado entre estos pueblos colosales proporciones y que las grandes creaciones de dioses han descendido á la categoría de fetiches; pero en Aschanti mismo, en el verdadero país de la confusión de los hechizos, se ha conservado la idea de un ser supremo, cuyo origen coincide quizás con el del cielo, y que, conocido en Loango con el nombre de Zambiapungu, se denomina allí Aniankopong ó Nyangkupon (según antiguos autores Jankkupong, y según Barth ciudad del Njame, es decir cielo). Al expresar los eweos por medio de un refrán que el destino es un decreto invariable, creen que ha sido fijado por este dios, cuyo nombre significa también atmósfera, cielo, y sólo se usa en singular. A su lado aparecen la tierra, madre de todos, y el primer fetiche, como segunda y tercera divinidades. Los aschantis hablan de un creador Odomankana que, después de haber hecho á los hombres y de haberles instruído en todo, se fué al cielo que en vano quisieron aquéllos escalar amontonando morteros. Fracasada esta tentativa ocurrió, como en Babel, la confusión de lenguas. Los duallas llaman Rubí al gran espíritu y al sol: en Dahomey este astro es adorado, estando de seguro íntimamente relacionada con esto la adoración que hemos visto allí consagrada al fuego. En las otras tribus, la idea de Dios sólo se ha conservado en la leyenda de la creación, así por ejemplo los eweos y los negros de la Costa de Oro reconocen en sus Mawu y Njongmo respectivamente al dios creador. Los servidores de Njongmo son los wongs, espíritus del aire. Los habitantes de Akem abrigan también la creencia muy extendida de que antes el cielo estaba más cerca de la tierra. De estas desviaciones de un círculo de ideas único, unas nacen del predominio de la agricultura sobre la ganadería que prevalece entre los este-africanos, otras derivan del más frecuente trato con los cristianos y musulmanes, y otras por último tienen su origen en el alto desenvolvimiento del sentimiento artístico.

Son innumerables los objetos que pueden ser fetiches. La forma más común del fetiche, que llevan por ejemplo los emigrantes ó los viajeros, es una pelota de paño encarnado que contiene una fuerte medicina, las más de las veces un pedazo de planta, que dentro de ella ha cosido el sacerdote fetichista, y que huele el que la lleva cuando se siente cansado. Además de esto, la medicina más generalmente usada entre los habitantes de Benguela y de Angola son los conocidos cuernos de antilope llenos de polvos mágicos, viniendo luego los cordones trenzados en las más variadas formas, raíces, bolas y todo cuanto llega á sus manos, objetos todos que cuelgan en su cuerpo. Las distintas cualidades de estos objetos mágicos corresponden á diversos fines. Cuanto más pesada sea la carga que lleva un negro, tantos más fetiches añade á ella por vía de compensación. En las comarcas en donde en otro tiempo se implantó el cristianismo, los mal comprendidos restos de esta religión han pasado á ser fetiches, y los conjuros ó hechizos han echado mano del tesoro de ceremonias de la Santa Misa convirtiéndolas en nuevos y poderosos medios para dominar las almas. Bastián vió en una cabaña de San Salvador tres imágenes de santos de madera del tamaño natural que eran paseadas al compás de cantos paganos.

Las figuras humanas tienen gran valor como fetiches, no menos que las caricaturas de demonios, en cuya confección se hace gala de un arte especial. Las tradiciones cristianas

se reflejan también en la artística construcción de las cabañas fetiches, es decir templos, de estos pueblos; por lo menos no pertenecía al estilo puramente africano la choza que vió Bastián edificada en Schemba-Schemba y que consistía en un rectángulo formado por esteras de paja, cuyo largo frontis lo constituía un armatoste de madera con tres arcos de puerta: sobre cada una de las puertas laterales había una pirámide y sobre la central una cúpula coronada por dos vigas transversales: en los postes había pintadas de verde y negro varias figuras: el interior no contenía más que un montón de tierra en el que había clavadas tres horquillas de madera con rayas blancas y encarnadas. El contenido de esta cabaña recuerda que también es costumbre construir chozas fetiches sobre las tumbas (véase la descripción de una choza-fetiche de la Costa de Oro en la página 149).

Las manipulaciones de los sacerdotes fetichistas son, en el fondo, las mismas que las de los hacedores de lluvia de los territorios orientales. En una gran afluencia de gente se ve á un hombre pintado de un modo grotesco dando gritos, corriendo de un lado á otro, sacudiendo en todas direcciones una muñeca vestida con abigarrados harapos, y azotando con un látigo rostros y espaldas. Si se pregunta qué significa todo esto, la contestación es que á un negro le han robado un cuchillo y que para recuperarlo se ha dirigido á este sacerdote que posee un fetiche muy propio para intimidar á los ladrones. «El pobre dios—escribe un testigo presencial de estas escenas—me parece que ha comprado un poco cara su celebridad, pues ante todo recibe despiadados golpes para que se interese por el asunto.» Los locos ó cualquiera persona anómala están predestinados á esta profesión por la facilidad con que pueden ponerse en un estado de semilucinación ó de alucinación completa. Los albinos ó dondos son cuidadosamente guardados por los príncipes, especialmente por los de la costa, que los consideran como fetiches mantenedores de su influencia sobre los europeos. En todas partes tienen el derecho de apropiarse cuanto se les antoja y los propietarios de los objetos de que ellos se apoderan en vez de formular quejas, «se consideran tan honrados como el piadoso indio cuando el buey de Siva devora en el mercado de Benares las provisiones que lleva en su cesta» (Bastián). En Loango, esta clase de hombres es aún más respetada que los gangas, y sus cabellos son comprados á más elevado precio que las reliquias. En la Costa de Oro, las muchachas hechiceras son indispensables como auxiliares de los sacerdotes, y adquieren como éstos cierto carácter sacerdotal como se desprende de la siguiente descripción que de los últimos hace un misionero de Basilea: su cabeza está cubierta por un alto birrete de paja; como su dignidad exige, adórnales una barba esmeradamente cuidada que les llega hasta el pecho; su oscuro rostro de negro revela la travesura propia del sacerdote fetichista; de su cuello penden sartas de corales como adorno sacerdotal: el fetiche desciende hasta ellos previos los correspondientes conjuros. Un paño de seda, fantásticamente anudado y de abigarrados colores, donde están pegados los más variados talismanes, flota por encima del traje sacerdotal: su mano empuña un estropajo de juncos á manera de aventador fetiche que, alternado con una cola de vaca ó de búfalo, llevan siempre los hombres-fetiches como atributo de su dignidad sacerdotal: sandalias de cuero encarnado adornan sus desnudos pies; y las articulaciones de éstos están adornadas con cadenas de corales. Al lado del sacerdote hay dos sacerdotisas cubiertas como él de sartas de corales y de toda clase de amuletos. La frente, los brazos, los pies y

el pecho están pintados de blanco sin arte alguno (siempre con dos líneas paralelas). Estas pinturas se las hacen las mujeres con motivo de las ceremonias religiosas y el que en alguna de estas ocasiones ha visto las danzas y los saltos convulsivos de estas mujeres se cree en presencia de verdaderos poseídos inspirados por el demonio y pagados por Satanás.

A causa de la multiplicidad de doctrinas fetichistas que existen en el Africa occidental y de la importancia de las mismas, la división del trabajo en lo que á estas funciones se refiere es mayor de lo que suele ser en otras partes (página 149). Los mayores sacerdotes fetichistas son los caudillos, de la misma manera que hemos visto lo eran en el Muata Jamvo, y sólo en los que tienen poca importancia puede dudarse si son más soberanos que sacerdotes ó viceversa. Los sacerdotes fetiches tienen además del gorro de piel de antilope, trajes especiales y cuando con ellos se visten, son más santos é inviolables. En algunas localidades del pequeño Loango hay ciertos *gangas n'kissis* (doctores fetiches) que, en los entierros, tienen derecho á ponerse un traje especial, consistente en una corona de plumas, una máscara colosal de madera blanda y una túnica de plumas grises de águila que les cubre todo el cuerpo. Imposible imaginar una impresión tan especial como la que produce la inesperada aparición de uno de estos gangas así disfrazados, que danzan por el camino y cantan y hablan con voz de ventrílocuo.

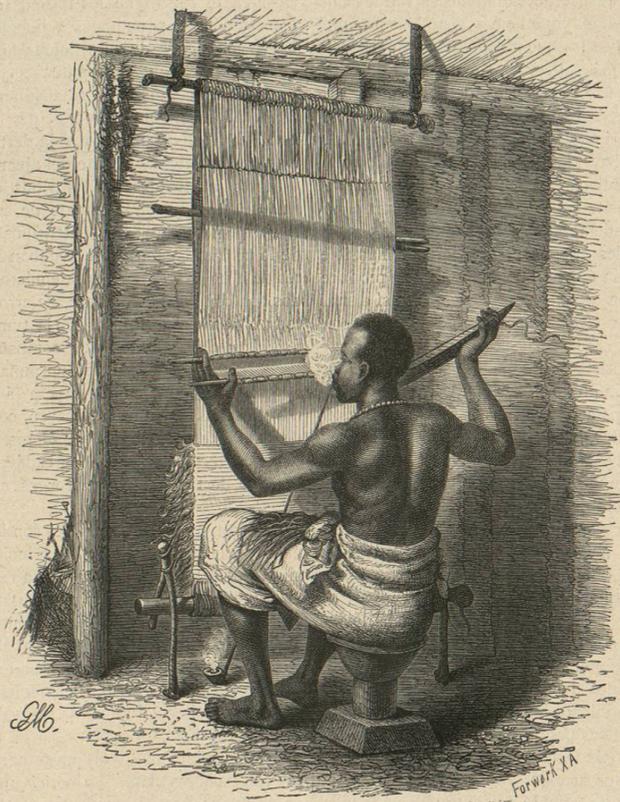
Las tradiciones del sacerdocio fetichista se transmiten por medio de la instrucción que reciben los jóvenes que se reconocen á propósito para este estado. En la imaginación fabulosa de los creyentes, la conversión de un hombre común en sacerdote fetichista toma naturalmente el carácter de milagro, es decir de una especie de transmigración del alma. Aquel á quien el fetiche ama, es por éste transportado al matorral y encerrado en la casa fetiche, á menudo por una larga serie de años. Cuando el transportado despierta de nuevo á la vida, comienza á comer y á beber como antes, pero su inteligencia ha desaparecido, así es que el hombre-fetiche ha de instruirle y aun enseñarle todos los movimientos como á un niño. Al principio esto sólo puede conseguirse por medio del palo, pero poco á poco vuelven los sentidos de modo que se puede hablar con él y después de terminada su educación el sacerdote fetichista lo devuelve á sus padres, los cuales pocas veces lo reconocerían sin las seguridades que les da el *fetischere*, que les recuerda pasados sucesos.

Además del sistema de fetiches, encontramos en la vida religiosa de estos pueblos, las fiestas funerarias, los juicios de Dios y las fiestas que se celebran periódicamente. La muerte de un individuo de la tribu da lugar á las más salvajes fiestas. Inmediatamente después del fallecimiento, se dispara una cantidad de pólvora proporcionada á la consideración de que disfrutaba el difunto. Transcurrido algún tiempo, entre los duallas por ejemplo nueve días (plazo que necesita el alma para llegar á la mansión del descanso, Bela), comienza la gran fiesta funeraria en la que toman también parte las aldeas vecinas: luego se trae una cantidad enorme de vino de palmera, de ron y de aguardiente que se consume por completo y otra no menos enorme de carne que también es devorada. Así como en los tiempos normales la carne es entre los bakhwiris cosa muy rara á pesar de la abundancia de reses que poseen, porque sólo las gentes acomodadas las matan fuera de estas ocasiones solemnes, cuando muere, por ejemplo, la mujer de un caudillo de aldea, se sacrifican no menos de 30 cabras y muchas más ovejas. Estos pueblos no entierran á sus muertos

en lugares especiales sino en sus propias chozas que permanecen durante algún tiempo inhabitadas. Los duallas tienen la misma costumbre: Entre los biheños, kiokos y otros, los enterramientos se verifican por lo menos dentro de la valla: los pueblos del bajo Congo tienen en sus aldeas sepulturas en las cuales son depositados los cadáveres. En los grandes reinos, como Loango, hay cementerios especiales para los nobles y para los reyes y Camerón encontró en Bihé el cementerio de los caudillos de Kagnombe situados muy cerca de un gran trofeo de cráneos de hombres y de animales y cubiertos de trozos de cacharros: en el centro de los mismos se levantaba una cabaña fetiche con manjares y bebidas para los difuntos. Entre los signos de luto figuran, como en otras partes, el afeitarse la cabeza, el pintarse con tierra amarilla, las túnicas de mala clase y la abstinencia de ciertos manjares. El abandono temporal de la choza en que ha ocurrido un fallecimiento y la destrucción de los cacharros que han formado parte del ajuar del difunto, son costumbres practicadas por las tribus del interior. De Daho mey se dice que á la muerte de su rey, las mujeres de éste rompieron todos los utensilios del palacio, después de lo cual antiguamente se mataban mutuamente centenares de ellas (Norris). En los sepulcros previamente cercados con colmillos de elefante, se arrojaban fragmentos de toda la vajilla del difunto. En la tumba de un sacerdote fetichista, clavaron todos sus compañeros, después de haber arrojado á ella cada uno un puñado de arena, tres palos que correspondían á la cabeza, á las partes genitales y á los pies. También se construyen, como ya hemos dicho, chozas-fetiches sobre los sepulcros. Lo más común es, según parece, enterrar á los cadáveres acurrucados. En la costa de Loango, el cadáver es colgado entre dos estacas.

Las costumbres más notables son las que se refieren á la muerte y enterramiento de los príncipes. Cuando la enfermedad de éstos es grave, se oculta secretamente al pueblo: un caudillo ocupa su lugar manifestando que el soberano ha marchado á una de sus plantaciones. Todos los hombres de la vecindad son arrestados, pero algunos logran escapar y comunican á sus más próximos parientes y amigos la triste nueva con gran misterio, diciéndoles: «está en peligro» ó «el gran árbol está á punto de caer» ó «se prepara una conmoción del suelo.» Y se expresan en estos términos porque nunca ni en ninguna parte puede hablarse de la muerte del rey con palabras claras. La noticia misma de la muerte se da de una manera alegórica. Los tshis de la Costa de Oro afeitan la cabeza y la barba del cadáver y se mata á un hombre «para que al bañarse los pies haya un escal.» Cada día se aportan al muerto sus manjares predilectos, que sólo pueden comer las llamadas personas almas (en la Costa de Oro, *akrafos*) que ya en vida del difunto se distinguen por algunos adornos de oro que llevan y que, después de ser desnucados, son colocados á la cabeza y en los pies de la tumba. A los otros acompañantes del muerto se les corta el cuello después de verificado el entierro, ejecutando la decapitación una cuadrilla de verdugos compuesta de hijos y nietos del rey. Ningún miembro de la familia real por parte de madre puede asistir al entierro, so pena de perder los derechos hereditarios. Los acompañantes del cadáver son sigilosamente escogidos entre los esclavos y demás individuos que se han hecho culpables de algo ó que han llegado á ser impopulares. También se envían al rey algunas de sus mujeres. Las demás personas que rodeaban al soberano han de abstenerse de sus manjares favoritos, no consumiendo en el fondo más que vino de palmera y aguardiente,

y han de afeitarse la cabeza y ponerse vestidos de luto. Transcurrido algún tiempo se procede á la elección de sucesor al trono que debe recaer precisamente en sobrinos maternos. La institución del nuevo rey se hace con grandes fiestas, y sólo hasta mucho después se da sepultura al cadáver de su antecesor, cuyo sarcófago permanece hasta entonces expuesto al público. Durante este tiempo, los verdugos, los enterradores del rey y los que han venido de fuera para tomar parte en la fiesta, y en Loango hasta los mismos esclavos del muerto, tienen autorización para proporcionarse los medios de vida allí donde los encuentren: además se



Un tejedor de Ischogo (según Du Chailla)

su territorio en dirección á Lubu. Pechuel-Loesche, que nos describe los hechos y las leyendas relacionados con estos entierros de príncipes, hace notar especialmente las luchas simuladas que con ocasión de los mismos se verifican y cuyo objeto es confiar á los habitantes de la aldea privilegiada de Lubu el cadáver para su conducción definitiva al cementerio. Quizás estas luchas han venido á reemplazar los sacrificios humanos que aquí han desaparecido por completo y que en los sanguinarios reinos de Dahomey y de Aschanti causan millares de víctimas cada vez que fallece un rey.

Los juicios de Dios de los africanos occidentales han adquirido triste celebridad gracias á lo muy extendidos que se encuentran, á sus relaciones íntimas con el sistema de palavers que los hace doblemente frecuentes y terribles, y al eficaz veneno que en ellos se emplea. Su procedimiento es el generalmente seguido: para tomar un juramento, el sacerdote, que por lo común sólo tiene á su cargo estas funcio-

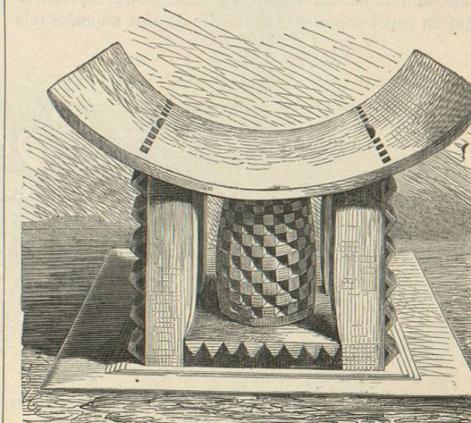
nes, hace beber á las partes el agua amarga sobre la cual ha caído la maldición del fetiche y que ha de ocasionar la muerte del perjuro, ó bien hace otra combinación mística. Esta agua amarga contiene el extracto de una planta venenosa ó por lo menos de acción muy fuerte: la corteza de *nkassa*, que es lo que se usa en el bajo Congo para los juicios de Dios, es, según Liebreich, un veneno mortal. La planta madre debe ser seguramente una asklepiadea. Los efectos desiguales que produce el veneno se explican por la circunstancia de ser la acción emética tan rápida que el estómago expulsa á menudo inmediatamente la sustancia tóxica. Muchas veces, el partido contrario se precipita á las primeras convulsiones sobre la víctima y la destroza á cuchilladas. Las tribus de Angola que visitó Schütt atraviesan el cadáver con una estaca puntiaguda. Para robustecer el juicio de Dios hay un juramento que sólo se pronuncia en estas ocasiones y que se refiere ó á la familia ó á todo el pueblo del

baila y se grita y se hacen disparos alrededor de una muñeca que representa al difunto rey y es colocada en una choza de palma. Los negros de Loango construyen un carro mortuario sumamente pesado, que los vasallos conducen hacia Lubu (en la bahía de Loango) sitio señalado al pueblo por un acontecimiento sobrenatural, embellecido por la leyenda y único lugar en que puede ser enterrado un noble de Loango. Para esta operación se abren con actividad suma anchos caminos, pero este ardor va cediendo y á menudo sucede que el carro queda encallado hasta que algún supersticioso caudillo de aldea lo hace conducir fuera de los confines de

que jura. El juramento más terrible de los aschantis es el que hacen por Meminda Cormantie, pues la sorpresa de que fueron víctimas los akims en Cormantie y en la cual el rey Sai Totu halló la muerte un sábado (Meminda), es considerada como la mayor calamidad sufrida por este Estado conquistador. El que quebranta este juramento atraerá sobre el reino otra catástrofe igual.

Con motivo de estos juramentos y de otras grandes ocasiones que exigen la intervención del sacerdote, se hacían (ó se hacen?) hechizos con algunas partes del cuerpo humano. Así por ejemplo en Gran-Bassam, los fetiches después de haber hecho sus horóscopos con las entrañas del individuo sacrificado en la fundación de una nueva aldea, mezclaban el corazón y el hígado del mismo con la carne de una gallina, de una cabra y de un pescado, en una sartén, preparando un manjar del cual habían de comer todos los individuos del común para no morir dentro del año. Banquetes análogos encontramos en Benguela, en donde Serpa Pinto dice, hablando de los biheños, que cebaban á los perros para estas comidas y que también comían carne humana «por más que no fuesen verdaderos caníbales.» «Según parece — añade Serpa Pinto — prefieren para ello á los ancianos, de modo que uno de los mejores regalos que puede hacerse á un sowa rico que haya de dar un banquete, es un hombre viejo y de cabello cano.» El propio autor habla de una fiesta conocida con el nombre de *kissunge* y ofrecida de cuando en cuando por el caudillo de Bihe, en la cual se devoran cinco hombres. Sólo se come el cuerpo sin cabeza y aun mezclada esta carne con la de buey, unas veces asada y otras cocida. Muchos han afirmado que los habitantes del bajo Congo son caníbales, pero nadie ha podido demostrarlo: que hay antropófagos entre los habitantes del interior del África occidental, lo prueban los datos consignados por Stanley, Brazza y otros, y esto permite suponer que no están del todo destituidos de fundamento los rumores que sobre este particular circulan relativos á los habitantes de la costa. Aun en aquellos puntos en que actualmente no puede consignarse entre estos pueblos ningún caso verosímil de canibalismo, ciertas costumbres, de éste nacidas, parecen justificar la opinión de los que creen que existe, aunque secreto. Recordaremos á este propósito que entre las tribus de Camerun todo nuevo caudillo que se hace cargo de la herencia de su antecesor, las más de las veces su padre, no se considera en plena posesión de su dignidad hasta que ha matado pública ó secretamente uno ó más hombres y ha distribuído entre sus parientes y entre los caudillos de la vecindad las diferentes partes de aquellos cuerpos, incluso las entrañas. El rey de Dahomey sacrificó en un solo mes del año 1877 quinientos hombres: no se sabe lo que pasó con ellos, pero es más que probable que fueron, por lo menos en parte, devorados para fines fetichistas: únicamente se guardaron los cráneos de las infelices víctimas para exponerlos en las fiestas conmemorativas, para adornar sus tumbas, para servir de vasos, según antigua y bárbara costumbre, ó para proporcionar el material necesario para las largas sargas de dientes que constituyen en Dahomey uno de los adornos del monarca (véase el grabado de la página 145). En este mismo país, los cráneos y mandíbulas humanas constituyen uno de los ornamentos más estimados. Norris vió las paredes y el suelo del cuarto de Bossa Ahadi y el camino que conducía al palacio materialmente cubiertos de unos y otras, y cada mañana encontraba en el dintel de la puerta nuevas cabezas de recientes víctimas, y en cierta ocasión dos docenas de una sola vez. Más de una vez se ha referido que en Dahomey y en Waidah se come el corazón de un enemigo y en las solemnidades públicas de Daho-

mey uno de los festejos principales consiste en despedazar y comerse á un hombre designado como el más á propósito para ello por el rey. No obstante, estos rasgos de antropofagia son extralimitaciones, pues por regla general los cadáveres son entregados á las fieras. La antropofagia también ha sido atribuída á los kissamas, tribu de gentes de elevada estatura, morenos y de tipo no marcadamente negro, que habitan al Sud de Koanza y que, según Ch. Hamilton, se comen á los criminales condenados á muerte. Sin embargo, como á esto se añade la especie errónea de que por esta razón no disfrutaban de tan buena salud como sus vecinos, hay que aceptar con gran circunspección esta noticia. Por lo demás, los viajeros del siglo decimosexto han descrito á los anziques que dominaban en el Congo y más hacia el interior como verdaderos antropófagos, pero al propio



Silla real de madera de xossa, de Aschanti (Museo británico, Londres) 1/2 de su verdadero tamaño.

tiempo como gentes nobles y sinceras á quienes sólo faltaba ser cristianas para que fuesen más agradables á los ojos de los portugueses.

En los territorios en que se rinde culto á los animales, ocupan el lugar del hombre y reciben en medio de grandes solemnidades sacrificios periódicos los cocodrilos (en la Costa de Oro), los requines (en Bonny), las hienas y otros carnívoros. «También en Senegambia — dice Bastián — cierta montaña Heremus ha sido regada con la sangre de un niño huérfano de padre para reforzar las murallas y de cada bosque sale la voz de la Wila exigiendo sus víctimas propiciatorias.»

El hecho de que los votos relativos á los manjares desempeñen un papel importante en la vida religiosa de los negros ¿será quizás una reminiscencia del Cristianismo? ¿O bien es simplemente el temor general el que impulsa á los negros á reconciliarse con el diablo? A esto se refieren algunos votos de sobriedad que los padres imponen al hijo á menudo en el acto de nacer. Para hacer más eficaces estos votos, se deja algunas veces morir lentamente un plátano cargado de fruta como sacrificio secundario. Una porción de limitaciones que en punto á comer carne se imponen los negros de la costa de Loango y otros, obedece, en parte, á los votos que los padres han ofrecido por sus hijos (á menudo cuando éstos son todavía muy jóvenes) al fetiche que ha de desempeñar el papel de patrono del niño. En estos votos se incluye hasta la carne de gallina y de cabra que son los animales que más abundan en la costa